

La Suma

Pessoa.—La abuela está rara, camina por la casa hablando sola. Yo la miro, la escucho, la sigo sin que se dé cuenta. A veces no puedo verla, se queda sola en un cuarto, sola, guardada. La abuela me enseñó el miedo y la locura. Un día la abuela se llevó todas sus palabras viejas, los rezongos, sus pies cansados. La abuela me dejó en medio de mi imaginación.

Yo empecé a encontrar rostros, gestos y ademanes para vestir mis alucinaciones. Luego los rostros tuvieron nombres, historias, maneras. Y todos ellos se vestían con mi traje.

Desde que me conozco, me acuerdo de imaginar, cuerpo, movimientos y carácter, de varios personajes irreales que eran para mí tan visibles y más como las cosas de aquello a lo que llamamos, tal vez abusivamente, la vida real.

Caeiro.—¡Así que me llaman materialista!...

Campos.—Así es. Y a pesar de que no encuentro del todo justa la frase —porque usted mi estimado maestro no es definible con ninguna frase justa— a pesar de eso pienso que no es del todo absurda tal definición.

Caeiro.—Para mí es muy estúpida. Esa gente materialista es ciega. Son curas sin religión, y por tanto sin ninguna excusa. Tú dices que ellos dicen que el espacio es infinito. Y eso, ¿dónde lo han visto en el espacio?

Campos.—¿Pero no concibes el espacio como infinito? ¿No puedes concebir el espacio como infinito?

Caeiro.— No concibo nada como infinito. ¿Cómo podría concebir cualquier cosa como infinita?

Campos —¿Caeiro!, supón un espacio. Más allá de ese espacio hay un espacio, más allá aún hay más, y después más, y más, y más... No se acaba.

Caeiro.—¿Por qué?

Campos.—Supón que se acaba (*grita*). ¿Qué hay después?

Caeiro.—Si se acaba, después no hay nada.

Campos.—¿Realmente piensas eso?

Caeiro.—¿Pensar qué? ¿Qué una cosa tenga límites? ¡No faltaba más! Lo que no tiene límites no existe. Existir es que haya otra cosa cualquiera, y por tanto que cada cosa sea limitada. ¿Qué cuesta concebir que una cosa es una cosa, y que no está siendo siempre otra cosa que está más adelante?

Campos.—Mira Caeiro... Considera los números... ¿Dónde acaban los números? Tomemos cualquier número: el 34 por ejemplo. Después tenemos el 35, el 36, el 37, y así sin parar. No hay un número grande para el que no haya un número mayor...

Caeiro.—Pero eso es tan sólo números (*protesta*). (*Luego de unos instantes, añade, mirando con formidable infancia*). Y, ¿Qué es el 34 en la Realidad?

(Reis aparece de repente, pero siempre con su discreción, su estilo recatado y medido. Con su ajedrez bajo el brazo. Se instala, indiferente, juega un imaginario partido y dice:)

Reis.—El mundo está regido por los números, cuyo sistema se nos escapa. De modo que no tenemos otra opción que optar entre lo que nos es impuesto. Y aquí estamos, haciendo nuestra libre elección de lo inevitable.

Pessoa.—Para mí no existía el tiempo real, las horas, los números. Yo apenas los recordaba, cuando por algún viejo capricho, alguien horneaba dulces y luego le colocaba velitas encima para que yo soplara. La humanidad cantaba a mi felicidad. Yo devolvía los gestos infaustamente. Sin pensar, sin querer pensar; que un inevitable Cronos pautaba mi camino paso a paso. No tenía esperanzas y era feliz.

Reis.—Aquí, este preciso instante el momento más feliz y pleno de la existencia. (*Juega con las piezas del ajedrez*). Ese único instante fugaz. Ahora este y todos estos. Las pequeñas partes de una vida que cruje de felicidad y le duele la conciencia. Las partes perdidas de una vida que se amontona en la memoria, y se hace polvo. ¿Quedarán mis palabras en el humo vago de la despedida? Si pudiera desear, desearía el silencio. Perfecto, hecho a la justa medida de la inmensidad.

Campos.—Mi querido Reis te olvidas de la inmensidad de las multitudes agitadas ahí afuera en las calles. Con todo su colorido, sus gritos y sus maneras desmedidas.

Reis.—No me olvido lo ignoro. Las multitudes son desmedidas, bien has dicho y yo no tolero nada que escape a la exactitud de mis pensamientos. Nada más veo que el cuadro ideal de mis pensamientos, donde cada instante es el último y por eso el máspreciado. Coloco así en el espacio en blanco de mis ideas la belleza del amor, el perfume de una rosa y el recuerdo de su juventud que desaparece. Nada más quiero.

Campos.—¡Ay, tú y tu mundo de perfecciones! Yo prefiero salir, perderme en medio de la muchedumbre, sentir mi piel rozar todas las pieles, ser todas las pieles. No logro entender como te conformas con tu pequeño y medido mundo ideal, habiendo tanto ahí

afuera por disfrutar, por vivir, por sufrir. Toda la vida abierta hacia ti como una mujer ofrecida. Toda. Con sus grandezas, sus misterios. Pero tú no te acercas...

Reis.—Todo eso está dentro de mí. ¿Para qué salir a buscar lo que ya tengo?

Caeiro.—¡Ah! Mis queridos, los he escuchado en silencio como suelo escuchar al viento que sólo habla del viento. Y quisiera decirles que los dos aciertan y se equivocan al mismo tiempo, o lo que es mejor: que todo da lo mismo. Las cosas son lo que son; y para percibirlo sólo basta detenerse unos momentos. Y ya dije que no soy un materialista, veo. Eso es todo.

Solo de Campos.

Sentir mi piel rozar todas las pieles, ser todas las pieles.

La amada.

Pessoa.—Oh querida Ofelia, soy torpe en el arte de rimar, no sé medir mis suspiros; pero te amo por encima de todo ¡oh tú que vales más que nada, no lo dudes! Cuando conocí a Ofelia en la oficina, los dos nos miramos tímidamente y sonreímos. Una tarde y en un arrebato me le acerqué y la besé. En los días siguientes me comporté como si nada hubiese sucedido. No podía entender ¿qué loco impulso me había llevado a besarla? Por supuesto, ella tampoco entendió nada, y mi actitud distante no hacía más que empeorar la situación.

Antes del arrebato, yo todos los días le dejaba cartitas en su escritorio. Después del arrebato, fue ella quien escribió, exigiéndome: explicaciones y una declaración formal.

Mi pequeña Ofelia: cuando se ama de verdad no se escriben cartas que parecen demandas judiciales... si no te amara tanto... no creo que amarte sea una razón suficiente para merecer esto... Éste es el documento escrito que me has pedido.

Campos.—Puedes autenticar mi firma con el escribano. Yo querría, Bebé, que fueras mi muñeca, y haría contigo como los niños con sus muñecas, te desvestiría. Así te amaría, ajena. Pequeño cuerpo tentador, dócil y terrible...

Ofelia.—(*Voz en off*) “Mi querido ya sé que cuando dices esas cosas estás poseído por ese tal Campos amigo tuyo. No quiero a Campos sólo te quiero a ti. Cuando estás con él te vuelves confuso, nervioso, insoportable.”

Campos.—Desengañémonos, amor mío de la vida y sus maneras. Huyamos a ser nosotros...

Solo de Reis.

Inconsciente voluntario en el tren del destino.

Bar. Los sentimientos de los heterónimos y de él mismo.

Caeiro.—... el 34 sí, y todos los demás 36, 37... ¡números! mayores, menores, sí... y muy útiles.

Reis.—Los números son exactos.

Campos.—Un mundo ilimitado y exacto. (*Sale.*)

Reis.—Últimamente está más alterado que de costumbre. Quisiera no creer que las ideas de ese loco dan lo mismo que las mías. Es un delirante.

Caeiro.—Cada uno tiene sus maneras, pero en definitiva son la misma cosa. Y yo también; con una sola diferencia: yo no me cuestiono, yo soy, simplemente. Aunque tienes razón: es un delirante, pero ésa es su manera...

Reis.—Sí, sí... pero es que le gusta interferir en todo, y se entromete en todo, todo el tiempo... y tu sabes como valoro yo el tiempo... y la tranquilidad...

(Entra Campos completamente alterado.)

Campos.—¡Estoy harto de semidioses! ¿En dónde hay gente en este mundo? ¿Así que soy sólo yo vil y erróneo en esta tierra? Podrán las mujeres no haberlos amado, pueden haber sido traicionados —¡pero ridículos nunca! Y yo que he sido ridículo sin haber sido traicionado...

Reis.—Las muchedumbres... sentir mi piel rozar todas las pieles...

Campos.—Ser todas las pieles... vivir, sufrir... sí... Ser incomprendido, prefiero; pero sentir... sentir todo de todas las maneras.

Pessoa.—Yo siento las cosas pero no me altero, ni siquiera por dentro.

Caeiro.—En definitiva las cosas se ven... Basta existir para ser completo. A veces me pongo a mirar una piedra. No me pongo a pensar si siente. No me pierdo llamándole hermana piedra. Pero me gusta por ser una piedra, me gusta porque no siente nada, me gusta porque no tiene ningún parentesco conmigo. Otras veces oigo pasar el viento, y creo que sólo para oír pasar el viento vale la pena haber nacido.

Campos.—¡Caeiro!

Caeiro.—Me sorprendí cuando me llamaron materialista, porque no creo que se me pueda llamar algo. Yo simplemente veo.

Reis.—La realidad, siempre es más o menos, de lo que nosotros queremos. Sólo nosotros somos siempre, iguales a nosotros mismos.

Solo de Caeiro.

¡Metafísica! Hay bastante metafísica en no pensar en nada.

El regreso de su madre, su único amor, escena de infancia.

Pessoa.—Recibí la noticia estando en la oficina: mamá regresa. Juntos, una vez más, en esta ciudad como en mis años felices y sin esperanzas, aquellos tiempos en que festejaban mis cumpleaños.

Mamá, mamá... Allí dónde me escuches, mira: sigo siendo tu niño, tu niñito que ha crecido, y se ha llenado de lágrimas y de dudas.

Por fin mamá, tú y tu niñito juntos para siempre, ahora sí mamá; nunca más la distancia infame entre nosotros.

Bar. Los sentimientos de los heterónimos.

Reis.—El mundo exterior existe como un actor en el escenario: está allí pero es otra cosa.

Caeiro.—No me interesa comprender las cosas, y pienso en esto, no como quien piensa, sino como quien no piensa.

Campos.—¿Y el misterio de las cosas?

Caeiro.—El misterio de las cosas, ¿en dónde está? Siempre que miro las cosas y pienso en lo que los hombres piensan de ellas, me río como un arroyo que suena fresco en una piedra. Porque el único sentido oculto de las cosas, es que no tienen sentido oculto ninguno.

Campos.—Eso es un poco extraño...

Caeiro.—Lo más extraño de todas las extrañezas, es que las cosas sean realmente lo que parecen ser, y no haya nada que comprender.

Campos.—¡Ah mi maestro! ¿Caeiro realmente piensas eso? No entiendo ¿cómo se te ocurren semejantes ideas?

Caeiro.—Es simplemente lo que mis sentidos aprendieron solitos: las cosas no tienen significación: tienen existencia. Las cosas son el único sentido oculto de las cosas.

Campos.—Sentir las cosas. Sentir todo de todas las maneras. Yo quiero ser siempre aquello que me gusta, me vuelvo siempre más tarde o más temprano, aquello que me gusta, sea una piedra o un deseo, sea una flor o una idea abstracta, sea una muchedumbre o un modo de comprender la vida. Y me gusta todo, vivo de todo en todo.

Reis.—Todo pasa tan rápido... Nada se sabe, todo se imagina... y en medio de todo: aquí estamos haciendo nuestra libre elección de lo inevitable.

Su teatro interior. La independencia de su creación.

Pessoa.—Inventé varios personajes inexistentes. Les inventé vidas reales. Escuché en mi interior las discusiones y las divergencias de opinión, y me parece que en todo este proceso sigo siendo yo, que soy el creador de todos ellos, el que tiene menos

presencia. Podría decirse que todo ocurrió, y sigue ocurriendo con independencia de mí...

Solos de los tres heterónimos.

(Acciones y textos de solos de cada uno)

Ruptura con Ofelia. El compromiso con la creación. Su misión.

Campos.—Exma. Señora doña Ofelia Queiroz:

Un indigno y miserable individuo llamado Fernando Pessoa, mi particular y querido amigo, me encargó que le comunicara a V. E. —considerando que el estado mental de él lo impide de comunicar cosa alguna aun a un garbanzo— que le queda prohibido a V. E.:

1. Pesar menos.
2. Comer poco.
3. No dormir nada.
4. Pensar en el individuo en cuestión.

Por mi parte, y como íntimo y sincero amigo que soy del maleante de cuya comunicación (con sacrificio) me encargo, le aconsejo se deshaga de la imagen mental, que acaso se haya formado del individuo cuya sola cita está estropeando este papel razonablemente blanco.

Saluda a V. E.

Álvaro de Campos, Ingeniero Naval.

Pessoa.—El amor se fue. Pero siempre te recordaré con cariño, y nunca olvidaré – nunca créeme– tu graciosa silueta y tus ademanes de niña... Quedemos como dos viejos amigos, que se quisieron un poco cuando eran jóvenes y que luego, a pesar haber conocido otros amores y seguido caminos diferentes, siempre guardan en un rincón del alma, el recuerdo de su antiguo e inútil amor. Los *otros amores* y los *caminos diferentes* te conciernen a ti, Ofelia, y no a mí. Mi destino obedece a otra Ley; está sometido a Maestros que no consienten ni perdonan.

Reis.—Ya no tiene derecho a besos mi boca. Si aún me amas, por amor no ames: me traicionarías conmigo.

Pessoa.—Estoy en el mejor momento de mi vida. Esta es la ocasión de realizar mi obra, completando unas cosas, agrupando otras, escribiendo otras que están por escribir. Para realizar esa obra, necesito tranquilidad y un cierto aislamiento. No puedo, por desgracia, abandonar las oficinas en donde trabajo (no puedo claro está, porque no soy millonario), pero sí puedo, reservando para el trabajo de esas oficinas dos días a la semana, tener míos y para mí los cinco días restantes. Ahí tienes la célebre historia.

Toda mi vida futura depende de poder o no hacer esto, y pronto.

Escena de creación. Caeiro, Reis, Campos, Pessoa.

Pessoa.—La abuela se llevó la llave de una habitación prohibida. Quedamos nosotros, yo, lleno de almas, cuerpo y maneras.

Reis.—Sólo esa libertad nos conceden los dioses: someternos a su dominio por voluntad propia. Más vale hacerlo así porque sólo en la ilusión de libertad la libertad existe. Inconsciente voluntario en el tren del destino...

Ya no soy el mismo de hace unos minutos y desconozco por completo al muerto en que voy a morir. Nada más que esa rara libertad.

Campos.—Me multipliqué para sentirme, para sentirme necesité sentirlo todo. Sentí más sensaciones que todas las sensaciones que sentí. Esta turbulencia tranquila de sensaciones desencontradas, esta angustia en el fondo de todos los placeres. No sé si la vida es poco o demasiado para mí. No sé si siento de más o de menos, no sé... y ¿comprender el misterio de las cosas?

Caeiro.—¿Qué pienso del mundo? ¡Yo que sé lo que pienso del mundo! Si me enfermase pensaría en eso. ¿Qué idea tengo de las cosas? ¿Qué es lo que he meditado sobre Dios y el alma y sobre la creación del mundo? No sé. Para mí pensar es cerrar los ojos y no pensar. Es correr las cortinas de mi ventana (pero, si no tiene cortinas) ¿El misterio de las cosas? ¡Que sé yo lo que es misterio! El único misterio es que haya gente que piense en el misterio.

Pessoa.—Todo el teatro es un muro blanco de música, por donde un perro verde corre tras mis recuerdos de infancia, caballo azul con jinete rojo. Y la música cesa como un muro que se desmorona.

Todos los que vivimos, tenemos una vida que es vivida y otra vida que es pensada, y la única vida que tenemos es esa que está dividida entre la verdadera y la errada. Cuál sin embargo es verdadera y cuál errada, nadie nos lo sabrá explicar; y vivimos de manera que la vida que tenemos es la que tenemos que pensar.

El artificio y lo absurdo es el signo de lo humano.